Globethics Repository



Los primeros meses de la quinta sesión conciliar [The first months of the fifth session of the Council]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Martín Descalzo, José Luis
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-11 17:47:34
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/224478

LOS PRIMEROS MESES DE LA QUINTA SESION CONCILIAR

J. L. Martín Descalzo

EN la mañana del 10 de diciembre de 1965 dolía casi entrar en la Basílica Vaticana: grupos de carpinteros desmontaban las tribunas de lo que durante cuatro años había sido aula conciliar, descolgaban cortinajes, desarmaban escaleras, cargaban con los sillones que tal vez irían a parar quien sabe a qué teatro de seminario o que tal vez serían vendidos a un anticuario curioso.

¿Y ahora qué? se preguntaba el periodista. ¿Todo esto será un bello recuerdo, algo que hay que empezar a arrinconar en los libros de historia? Dolía, sí, comenzar a hablar del Concilio en verbos construidos en tiempos de pasado: el Concilio decidió..., el Concilio hizo...

Pero la verdad no era esa. Lo cierto es que el Concilio acaba de empezar. Que se cerraban sus cuatro sesiones «de prólogo», que el Concilio verdadero comenzaba al pasar de los estudios a las aplicaciones.

¿Y... precisamente ahora vamos a callarnos los periodistas, ahora que llega la hora de los frutos?

No, no, habrá que empezar humildemente la nueva crónica de esta quinta sesión, aunque al pobre periodista se le multipliquen las dificultades al haberse ampliado el «aula conciliar» hasta tener todas las dimensiones del mundo.

Porque la verdad es que el Concilio sigue. Y el que escribe estas líneas ha de empezar diciendo que ayer se asustó cuanto trató de hacer una síntesis del montón de cosas que han

pasado en estos dos meses y medio de quinta sesión que llevamos vividos. Tantas que en las páginas que siguen tendrá que limitarse justamente a desgranar entre los dedos este rosario de noticias con sus misterios de dolor y de gozo, de avances y de atascos. Lo más sincera y objetivamente que sepa.

1. Roma se mueve

Y la primera comprobación es de alegría: Roma —sin permitirse siquiera el descanso de una corta vacación— ha sido la primera en comenzar a moverse: El Concilio ha encontrado en Pablo VI su mejor propagandista. Puede decirse que no hay un solo discurso en que no hable de él. Y siempre con un tono de total confianza y de absoluta coincidencia con sus planteamientos. (Aunque tal vez para percibir esto haya que acudir siempre a la lectura de los textos completos sin contentarse con los resúmenes parciales —en los dos sentidos de la palabra— que suele servir la mayoría de nuestra Prensa diaria).

Mas no sólo palabras: Pablo VI está realizando ese nuevo tipo de obispo que el Concilio ha presentado al mundo:

Un obispo mucho más próximo a sus fieles (nunca el Papa Montini se aproximó tanto a los romanos como en sus últimas salidas a visitar a los obreros de la construcción, a los barrenderos, como en la invitación a su mesa a grupos de chiquillos).

Un obispo planificador de la pastoral (Roma va a ser dividida en zonas pastorales con obispos auxiliares a la cabeza y se están ya elaborando nuevos planes de acción diocesana).

Un obispo preocupado por los problemas concretos y mundanos y una pasionado servidor de la justicia y de la paz. (¿Quién no ha percibido el «nuevo tono» en sus actuaciones para la búsqueda de la paz en el Vietnam?)

Un obispo que cuida las «relaciones humanas» con sus inferiores. (Es sabido que en la pasada Navidad todos los obispos recibieron una felicitación pontificia y... una caja de turrón).

Un obispo que va desprendiéndose en lo posible de sus privilegios. (Hace días apareció el permiso para que los directores de las grandes peregrinaciones mundiales pudieran celebrar en los hasta ahora prohibidísimos altares papales de las Basílicas romanas).

2. Reforma de la Curia

«*Los proyectos de reforma de la Curia han entrado en una órbita casi mística, colocados en el límite del infinito y del futuro*», escribía hace sólo tres meses una «revista impaciente», la italiana «Questitalia». ¿Volvería hoy a escribir esa frase?

Pablo VI —«*soy lento, pero sé a donde voy*», dijo al abbé Pezeril— es amigo de la «gradualidad», amigo de avanzar con los pasos contados. Pero de avanzar. Y cada pocos días el observador atento percibe este su caminar. En estos dos meses hay que contar ya toda una serie de pasos:

Los nombramientos de Mons. Garrone como proprefecto de la Congregación de Seminarios y de Charles Moeller como subsecretario del antiguo Santo Oficio, han sido campanazos que sólo los sordos no habrán oído. Mons. Garrone había sido precisamente el obispo que más duramente había criticado en plena aula conciliar los procedimientos y estilo de la archiconservadora congregación de seminarios. Charles Moeller era sin duda el católico que mayores esfuerzos había hecho por comprender a unos hombres para los que el Santo Oficio no tenía otra cosa que condenas. Y uno y otro han afirmado

con absoluta claridad que aportarán a sus Congregaciones un aire nuevo. Hoy es ya sabido que la Comisión Central postconciliar ha anulado algunas de las últimas decisiones de la Congregación de Seminarios por no considerarlas adecuadas a la «línea del Concilio». Y el P. Moeller ha afirmado sin ambajes al diario «Pueblo» que, al nombrarle, «*Pablo VI ha querido demostrar con hechos que, en adelante, el Santo Oficio no será una Congregación de «defensa» sino de «promoción» de la doctrina, que los encargados del Santo Oficio, en su nueva fisonomía conciliar, más que policías de la ortodoxia serán buscadores y promotores de la verdad, se encuentre donde se encuentre*». Un giro copernicano. Y no sólo por lo que tiene de «internacionalización» de la curia —¿qué significaría una internacionalización que no aportara además un cambio de mentalidad?— sino por lo que tiene de rotura con un «carrierismo», que hubiera exigido el ascenso a esos puestos de Mons. Staffa y Mons. Parente, y sobre todo porque significa la introducción en dos puestos claves para el futuro de hombres que miran precisamente hacia ese futuro.

Y el camino va a seguir. Es probable que antes de que vean la luz estas líneas haya novedades en las presidencias de las Congregaciones del Concilio y de Sacramentos.

Anotemos también en este capítulo la elección del Cardenal Bea para presidir la comisión encargada de revisar la Vulgata. Y la desaparición en el Anuario Pontificio de toda mención del Indice de Libros prohibidos: ¿Es una forma «montiniana» de anunciar su anulación?

3. Estabilización de las Comisiones Postconciliares

Había pasado sólo un mes de la clausura del Concilio cuando se creaban las comisiones postconciliares. ¿Con qué signo? Algunos periódicos franceses —«Le Monde» por ejemplo— vieron en este gesto un signo de marcha atrás al abservar que la presidencia de estas comisiones postconciliares se encomendaba a los Cardenales Marella, Antoniutti, Agagianian, Pizzardo y Cento y que la Comisión Central estaría dirigida por los Cardenales Cicognani y Tisserant. «*Esto es tanto* —comentaba «Le Monde»— *como dejar el Postconcilio en manos de la Curia*».

Pero me parece que el comentarista francés se fijaba únicamente en los nombres de los presidentes de las Comisiones y no observaba que Pablo VI se había limitado a confirmar como postconciliares a las Comisiones Conciliares. Dejaba por tanto el Postconcilio en manos del Concilio. ¿Si las Comisiones Conciliares demostraron crecidamente en las últimas etapas que representaban a la perfección la mentalidad de los Padres Conciliares en su casi absoluta mayoría, por qué no habrían de seguirlo representando en el Postconcilio?

Y no hemos de olvidar que el mismo «motu proprio» que confirmaba estas Comisiones realizaba un hecho que no debe pasar desapercibido: La confirmación como organismos permanentes de la Iglesia de los tres Secretariados para la unidad, para los no cristianos y para los no creyentes. ¿No está acaso una especie de «curia del exterior» colocada junto a la tradicional?

Nuevo dato: las comisiones postconciliares ya están al trabajo. Silenciosamente se han reunido ya la semana pasada las Comisiones para la Educación Cristiana y la de los Obispos y gobierno de las diócesis. Esta semana comenzará a reunirse la del Apostolado de los laicos y próximamente lo harán las otras dos. Todas ellas habrán de elaborar antes del próximo 29 de junio —fin de la «vacatio legis» de los documentos conciliares— otros tantos «Directorios pastorales» que concreten la aplicación de estos textos. El Concilio sigue vivo, vivísimo en Roma.

J. L. Martin Descalzo

Un último dato en Roma mismo: La Universidad Gregoriana está ya elaborando una honda reforma de su estructura y de su plan de estudios y métodos, que pueda servir de cauce y ejemplo a la reforma de todas las Universidades eclesiásticas del mundo.

4. Reforma por toda la piel de la Iglesia

Si la cabeza se mueve no está dormido el cuerpo de la Iglesia: No hay día en que no percibamos nuevos síntomas. Permítaseme apuntar sólo algunos hechos:

1) Toda la piel de la Iglesia está viendo la convocatoria de «Sínodos» para la aplicación de las reformas conciliares. Citemos los de Milán y Marsella, los que han convocado ya varias diócesis norteamericanas, el Sínodo nacional que la Iglesia de Holanda ha anunciado ya para 1967. Y en todos ellos dos características comunes: Una seria voluntad de aplicación de las reformas conciliares; y una real representación de todas las fuerzas diocesanas —sacerdotes, religiosos y seglares— en su preparación.

2) Una búsqueda de mayores contactos entre obispos y sacerdotes a través de organismos que permitan y creen un verdadero diálogo.

Un día se nos dice que los sacerdotes de París han elegido con total y absoluta libertad a sus representantes ante el arzobispado. Otro día es en las diócesis norteamericanas de Milwaukee y Detroit donde aparecen organismos igualmente elegidos por todos los sacerdotes diocesanos. O es el Cardenal de Chile quien se compromete a celebrar reuniones de estudio al menos una vez al mes con tres consejos diocesanos formados por 28 sacerdotes, 7 religiosas y 18 seglares.

3) Nacen también síntomas de un nuevo estilo de diálogo con los seglares: Es el Cardenal de Boston quien manda que en todas las parroquias de su diócesis se nombre un consejo de seglares que planifique la acción pastoral al lado de los sacerdotes. «Pero —advertirá con su habitual humor Mons. Cushing— *que no sean simples «yes-man»* («hombres-sí») *que se limiten a sonreír. ¿Qué hubiera sido el Concilio* —se pregunta— *si todos los obispos nos hubiéramos limitado a decir «sí» a todo?*»

O es la diócesis de Versalles la que deposita en manos de una comisión de seglares toda —toda— la economía de la diócesis.

Y es en Italia donde surge una importantísima proposición que valdría la pena plantear en todo el mundo. Es el auditor Vittorino Veronese quien se pregunta por qué no hay auditores seglares y peritos sacerdotes en las Conferencias Episcopales. ¿No ha demostrado el Concilio que esta colaboración obispos-peritos-auditores es larguísimamente fructífera?

4) Se plantea en no pocas diócesis del mundo —en todo Canadá, por ejemplo— el problema económico del clero, implantándose una retribución idéntica a todos los sacerdotes con la creación de un «Fondo comunitario del clero» que al mismo tiempo suprime todo otro tipo de aranceles y honorarios eventuales.

5) Van estabilizándose las Conferencias Episcopales. La Italiana elige como Vicepresidente —el Presidente nato es aquí el Papa— al Cardenal Urbani. En la alemana el Cardenal Frings renuncia a la dirección para que pase a las manos más jóvenes del Cardenal Doepfner. Y en los balances de todas las reuniones de estas Conferencias se percibe la tendencia a «lo concreto» tanto en el terreno de lo estrictamente eclesial como de la problemática mundana.

6) Varias naciones (Brasil, Chile) piden a la Santa Sede permiso para ordenar de diáconos a seglares casados. En Francia y Alemania dos grupos de 80 y 40 casados realizan ya en seminarios la preparación para esta ordenación diaconal.

7) Comienzan a aplicarse aquí y allá las normas del Decreto sobre los religiosos. Los trapenses son los primeros en suprimir la diferencia entre «Padres» y «Hermanos conversos» constituyendo jurídica y realmente una única categoría: monjes. Varios grupos de Capuchinos intentan adaptar a nuestros tiempos el mensaje de San Francisco creando pequeñas comunidades de religiosos-obreros que viven en el mundo su vocación de pobreza y testimonio. Y la tradicional (y no poco envejecida) orden de Malta busca una reforma de sus estructuras regresando a su primitiva vocación hospitalaria encargándose de dirigir y realizar en el mundo la Jornada Mundial del leproso y de organizar hospitales contra el terrible mal.

8) Y surgen también —era inevitable— problemas en esta renovación. Un día será el P. De Pauw quien organizará en Norteamérica el «Movimiento tradicional católico» para luchar contra las reformas conciliares que estima destructoras de la Iglesia; y otro —por el contrario— surgirá en la diócesis argentina de Mendoza un movimiento de rebelde protesta por parte de 27 sacerdotes que presentarán la renuncia a todos sus cargos porque estiman que su Obispo, el anciano Mons. Butteler, se muestra remiso a la hora de aplicar el Concilio.

¿El balance? Claramente optimista. El Concilio no se ha parado y un clima de serena revisión sin prisas se percibe por todos los rincones de la Iglesia. Incluso hay que decir que el clima es más sereno que el que sucedió a la segunda y tercera sesiones. Ha habido, sí, tensiones, pero menores, incluso, que las que produjo el comienzo de la aplicación de la reforma litúrgica.

5. ¿Y el movimiento ecuménico?

Resultaría inacabable el tratar de resumir ahora el movimiento ecuménico de estos primeros meses postconciliares. Y habrá que reducirse a apuntar algunos mojones de ese caminar:

—El Primado Anglicano Doctor Ramsey anuncia para el próximo marzo su visita al Papa.

—El Patriarca Atenágoras anuncia su deseo de visitar al Papa en este año y su plan de introducir el nombre del Papa en el rezo oficial de los Dípticos (que recoge los nombres de aquellas Iglesias con las que se está en comunión).

—Se crea en Jerusalén un Instituto Ecuménico mixto de las tres confesiones cristianas.

—En la Semana de la Unidad se percibe —como comenta I. C. I.— un «*dinamismo sin precedentes*» y las manifestaciones ecuménicas se multiplican de un modo insoñado e insoñable: en Viena, en París, en Londres, en Copenhague, en Dublín se realizan ceremonias conjuntas de obispos católicos y protestantes; en Mont-Servein se inaugura una importante capilla ecuménica; la acción familiar de Uruguay planifica su acción apostólica en favor de la familia en unión con protestantes y judíos; se establece una verdadera colaboración en muchos territorios de misión.

—En Francia católicos y protestantes llegan a un acuerdo para una versión común del Padre Nuestro.

—En varios países se avanza en la preparación de biblias ecuménicas y en Holanda se forman catorce comisiones mixtas de católicos y protestantes para el estudio de problemas teológicos y bíblicos; la universidad de Berkeley inaugura una facultad teológica interconfesional.

—Los obispos católicos Ucranianos proponen a los obispos ortodoxos de Ucrania el mutuo perdón del pasado, muchas veces triste y doloroso por ambas partes.

—El Consejo Ecuménico de Iglesias celebra la reunión de su comité central en el que ese gran campeón del ecumenismo que fue el Doctor Vissert Hooft es substituido por el Doctor Blake que durante muchos años ha sido otro de los grandes artífices de los contactos ecuménicos entre las Iglesias. En la reunión del Comité Central se hace una alta valoración de las aportaciones ecuménicas del Concilio y el grupo mixto de trabajo con la Iglesia católica decide ampliar la colaboración entre la Iglesia Romana y el C. O. E.

Mas tampoco aquí faltan los retrocesos y dificultades que son tal vez mayores que en el panorama de reforma de la Iglesia:

—La Iglesia griega una vez más se muestra hostil al acercamiento entre Constantinopla y Roma y declara inválido el acto del levantamiento de las excomuniones. La posición de Moscú a este respecto es ambigua y oscura.

—En los actos ecuménicos de la abadía de Westminster los «integristas» del anglicanismo provocan manifestaciones contra la predicación de sacerdotes católicos en el templo anglicano.

—En los ambientes protestantes crean serias molestias las preces —redactadas con un espíritu ecuménico muy discutible y elaboradas en ambientes de la Curia sin que fuesen conocidas por el Secretariado de la Unidad— que se rezan en las diócesis de Roma durante la Semana de la Unidad.

—En el mundo protestante se difunde la costumbre de conceder la ordenación sacerdotal a mujeres, creando con ello una nueva dificultad ecuménica.

—La Iglesia ortodoxa rusa en el exilio en Europa se declara independiente. Unida hasta ahora a la Iglesia de Constantinopla, el Patriarca Atenágoras indicó el deseo de que no dependieran de su patriarcado —pues esto creaba tensiones entre Constantinopla y Moscú— mas la Iglesia rusa en el exilio ha preferido declararse autónoma a depender de la Iglesia madre de Moscú.

A pesar de todo ello nos hallamos ante un balance optimista y esta impresión crecerá sin duda en los próximos meses con la cada vez más intensa colaboración entre la Iglesia católica y el C. O. E. Pero las tensiones, que surgen fácilmente, vienen a demostrar la necesidad de una lenta maduración ecuménica del mundo cristiano. Protestantismo, catolicismo y ortodoxia tienen en su seno semejantes integrismos, semejantes grupos «antis» y una masa mucho más sensible a la idea de la unidad que a la de la propia reforma personal. Y —ya se sabe— «para que dos hierros se fundan hace falta que los dos estén al rojo vivo». Mas... «el futuro ha comenzado».

6. El camino del Esquema XIII

¿Qué impacto ha hecho en el mundo el esquema sobre «La Iglesia y el mundo»? ¿Qué huellas de sus ideas se registran en la vida de la Iglesia en estos meses?

Resulta casi imposible contestar hoy a estas preguntas. Pero tal vez una primera respuesta fuese un tanto pesimista, de momento al menos. La reacción del mundo ante esta Constitución Pastoral ha sido infinitamente más apagada que la expectación con que se siguieron sus debates. Las reacciones en la Prensa han sido pocas y lo mismo habría que decir en el mundo de la cultura y la política. Su impacto ha sido cien veces menor que el de la «Pacem in terris». ¿Por qué? ¿Por el clima un tanto apagado con que el Concilio concluyó? ¿Por la inevitable decepción popular creada por algunos también inevitables

silencios del esquema? ¿O acaso porque esta Constitución es más una puerta abierta sobre un camino que una butaca en la que sentarse y... el hombre es cómodo?

A la segunda pregunta es mucho más difícil contestar, pues dos meses son poco tiempo para que un esquema como este pueda calar en la carne cristiana. No es imposible, sin embargo, apuntar algunos signos, positivos algunos, negativos otros.

—El problema del ateísmo permitía una colaboración positiva entre todos los creyentes. Y el Secretariado para los no creyentes ha comenzado la tarea de elaborar una enciclopedia sobre el ateísmo en colaboración entre cristianos y judíos.

—Eran en cambio ebdurecidas las reacciones postconciliares del mundo comunista. La más amarga era la del gobierno polaco que desencadenaba una polémica abierta contra el episcopado de Polonia destinado a bloquear una explosión de fe con motivo del Milenario de la fe en el país. La reciente presencia de Mons. Casaroli en Varsovia devolvía algunas esperanzas de la posibilidad de un viaje del Papa a Czestochowa.

También en Hungría se registraba un endurecimiento: las autoridades comunistas prohibían la publicación de los decretos conciliares en lengua húngara.

—La Iglesia Norteamericana tomaba una conciencia más clara de su obligación de luchar contra el racismo y varias declaraciones episcopales se lo planteaban así a sus sacerdotes. Y la consagración de Mons. Harold Perry —primer obispo negro norteamericano— era un verdadero acontecimiento nacional.

—En Italia era absuelto ante los tribunales civiles un sacerdote —Don Milani— que había explicado en la escuela y predicado en sus sermones la licitud de la «objeción de conciencia».

—El Papa hablaba en su discurso al Congreso Nacional del Centro Femenino italiano de que «*todavía no hay solución definitiva para el problema de la natalidad*». Y su punto de vista coincidía plenamente con la reciente toma de posición de la O. N. U. que concluía que «*los estudios médicos no estaban, ni mucho menos suficientemente maduros como para que la organización pudiera comprometerse en programas de planificación familiar*».

—Y la Iglesia se comprometía más que nunca con el problema de la paz. En el problema del Vietnam se registraba un significativo cambio de postura: el Santo Padre —dejando de recurrir exclusivamente, como era tradicional, al «mundo occidental»— se dirigía a las «naciones neutrales» bajo cuya capa veían algunos católicos la mano oculta del comunismo.

Y buscaba el acuerdo entre los contendientes en Santo Domingo con una preocupación tal por los intereses del pueblo que los grupos derechistas no vacilaban en llamar a la Nunciatura «embajada comunista» y en llenar sus paredes con pinturas de hoces y martillos.

Algo se mueve, algo se está moviendo.

7. Postconcilio en España

No resulta sencillo el ser objetivo respecto a lo que uno tiene demasiado cerca. Resulta aún más difícil ser sincero. Pero habrá que intentar lo uno y lo otro. Para comenzar afirmando algo que me parece elemental: El Concilio cogió al catolicismo español fuera de juego en buena parte de sus planteamientos. Nuestra teología, nuestro pensamiento, nuestra pastoral respiraban muy tímidamente los aires que el Concilio sembraría en la Iglesia. Y el Vaticano II ha venido a demostrarnos una vez más que nuestro catolicismo no tiene heterodoxos, pero necesita una puesta al día urgente, urgente, urgente. Porque junto a una teología y una pastoral de «antes de la guerra» tenemos una juventud muy de

«después de la guerra», con una mentalidad radicalmente europea y moderna. ¿Quién que tenga los ojos abiertos ignora que vivimos una hora decisiva para nuestro catolicismo la hora de construir un catolicismo a la vez español y moderno o la de embarcarnos en una descristianización «a la francesa»? Y he aquí al Concilio, la ocasión providencial para realizar una reforma sin roturas, el tren que no podemos perder si no queremos cometer el pecado más grave de toda nuestra historia contemporánea.

Y ahora la pregunta ¿vamos a coger ese tren? He de ser sincero y confesar que tengo mucho miedo de que lo perdamos. Porque hasta ahora el Concilio ha ido más de prisa que nosotros.

En los años de preparación conciliar sacerdotes y periodistas rivalizamos en estar en las nubes. ¿Quién intuyó en nuestro país los caminos que iban a abrírsele a la Iglesia?

¿Y en estos cuatro años? Una encuesta realizada hace aún cinco meses demostraba que el 35 por ciento de los españoles no sabía ni siquiera que estuviera celebrándose un Concilio. Y los «enterados» parecían estar muy poco enterados. Si miramos solamente a la masa hemos de confesar que las «confusiones» eran muchas más que las «informaciones», que el desinterés y el desconocimiento se repartían entre sí el estado de ánimo de la mayoría.

¿Y hoy, en esta hora del postconcilio? Sería apasionante el conocimiento del «pulso conciliar» de nuestro pueblo. Apasionante y desgarrador.

Si uno tuviera que dar su «balance» del momento diría esto: Una gran mayoría (y entiendo por gran mayoría un 80 o un 90 por ciento de los españoles) no se ha incorporado para nada o casi nada al clima conciliar. Y junto a esta mayoría se registran cuatro grupos minoritarios claramente bien definidos:

Una minoría (bastante grande) de reticentes ante la aventura vaticana, de cristianos que miran con recelo a toda idea de reforma por muy conciliar que sea.

Una minoría (pequeña) de superlanzados dispuestos a pisar el acelerador hasta donde sea, pisoteando todo lo que haya que pisotear para sembrar en España «su» Concilio.

Una minoría (muy grande y en la que hay que incluir a la mayor parte del clero joven y de los dirigentes apostólicos) desalentada. Un grupo que tiene la impresión de que el Concilio pasará sin que aquí pase nada. No hay en ellos rebeldía contra la autoridad, pero sí una gran desconfianza en ella.

Y una cuarta minoría (pequeña, y en la cual hay que colocar a nuestros «santos», porque también nuestro catolicismo de hoy los tiene) de hombres impermeables al desaliento, de gentes dispuestas a «arrimar su hombro» humildemente, de cristianos que tienen la seguridad de que una semilla como la del Concilio no puede dejar de fructificar.

Los tres peligros

Y así es como se comienzan a dibujar en nuestra vida católica tres graves peligros:

El del *minimismo*. Son muchos los que piensan que aquí ya habíamos hecho siempre lo que el Concilio ha decidido, que no hay por tanto nada que reformar porque todo está hecho, que bastará con frenar los excesos de unos cuantos jovenzuelos. Son estos quienes esgrimen todas las frases pontificias invitando a la prudencia, al mismo tiempo que celan cuidadosamente cuantas invitan al movimiento. Quienes hablan de que también en lo Conciliar «España es diferente». Quienes obsesionados por los «peligros» de la libertad religiosa crearán una cortina de humo que olvide que junto a una cierta «unidad católica» existe una no menos cierta descristianización de las masas.

El de la *amargura*. ¿Cómo no percibirla en toda conversación con la «joven España»? Una amargura tanto más dolorosa cuanto que se comprueba en las almas de quienes

más apasionadamente creyeron (¡y siguen creyendo!) en el Concilio en sí. Pero «aquí no hay nada que hacer» dicen. Y tanto más preocupante cuanto que esta es la gran palanca de la rebeldía. Todo gran rebelde ha sido primero un entusiasta y después un decepcionado. La rebeldía es una enfermedad cuyo primer síntoma es la «hemorragia de esperanza».

Y el mayor de los peligros: *el cisma de los espíritus*. En España, evidentemente, no habrá cismas teológicos. No va en nuestro estilo de ser ni de pensar. Pero ¿no podrá haber un cisma interior que divida nuestro país en «católicos de antes del Concilio» y «católicos de después del Concilio» igual que ya está dividido en «españoles de antes y de después de la guerra»?

Tres peligros graves que sólo podrán evitarse si TODOS los católicos españoles —y las minorías sobre todo— bajan a su corazón con seria voluntad de «conciliación». Si los mayores renuncian a su «zona de infalibilidad» y aceptan que ha llegado el tiempo de poner en hora el corazón y la inteligencia. Si los jóvenes aceptan que este es el Concilio de todos y que mal se puede estar en la línea del «Concilio del diálogo» si se comienza por excluir de él a los mayores.

Hora difícil, sí, para nuestro catolicismo. Pero hora providencial si partimos de una humildad elemental: de comprender que no se trata de acomodar el Concilio a España, sino de acomodar España al Concilio. Hora providencial si, abandonada la polémica, damos cauce a ese diálogo libre y sereno que hace tantos siglos está precisando nuestro catolicismo.

Signos preocupantes

¿Hacia dónde van las aguas? ¿Hacia dónde han ido en estos tres primeros meses? No es fácil ni posible llegar a una respuesta completa. Pero sí se pueden identificar ya algunos signos preocupantes junto a otros de esperanza.

Signo preocupante es, por ejemplo, el escaso impacto causado por la Declaración colectiva de nuestro episcopado al concluirse el Concilio. A pesar del enorme interés de muchos de sus párrafos, sea porque no se logró el tono apto para llegar al hombre de la calle, sea porque los jóvenes vieron en ella sobre todo los fragmentos que mostraban la voluntad de conservar por encima de la voluntad de revisar y renovar, lo cierto es que aquella voz sonó en el desierto. Apenas se han visto comentarios en Prensa y Revistas. Apenas se la ha aludido en sermones y conferencias.

Signo preocupante es el escepticismo de una juventud que espera, desea, exige «signos» y que encoge los hombros cuando oye palabras; juventud que esperaba y espera un valiente rejuvenecimiento de muchas estructuras eclesiásticas; juventud que ha visto con desconcierto la postura de la Iglesia, por ejemplo, ante el hecho concreto de la elaboración de la ley de Prensa, pues ha creído ver en la Iglesia más preocupación por defender la libertad de sus publicaciones que por sostener y aclarar el derecho a la libertad de todos.

Signo preocupante el que la idea del jubileo haya calado tan escasamente entre nuestros fieles más dispuestos a «exigir golpes espectaculares a la jerarquía» que a realizar cuanto exija la propia y personal conversión.

Signos de esperanza

Mas he de confesar con idéntica sinceridad que creo mucho mayores los signos de esperanza.

Hace un año tuvimos ya un gran signo: la gozosa y fácil aceptación de la reforma litúrgica por parte de los españoles, reforma que, con todos sus defectos, ha sido muy honda

y sólida y ha producido entre nosotros muchas menos tensiones que en la mayoría de los países del mundo.

Maravilloso signo el interés demostrado por nuestras minorías en leer y conocer los documentos conciliares. En poco menos de un mes hemos visto agotarse los 60.000 ejemplares de la edición de la B. A. C., los 30.000 de la edición de el Mensajero, los muchos miles de las ediciones de P. P. C., Sal Terrae y Mundo Cristiano. ¿Ha habido en toda la historia de la librería española un solo libro que haya tenido venta más vertiginosa? Probablemente no. ¡Y ningún signo más esperanzador que este!

Invitación al optimismo es el hecho de que el tema Concilio surge constante en conferencias, periódicos y sermones. Si durante estos cuatro años conciliares era difícil oir hablar de ello en las misas dominicales, ahora es difícil entrar en una Iglesia sin que la buena nueva conciliar llegue a nuestros oídos.

Signo positivo la libertad con que, en docenas de periódicos, plumas seglares exponen la «esperanza del Concilio». ¿Es este el nacimiento de esa «opinión pública en la Iglesia» de que siempre hemos carecido por nuestras latitudes? ¡Quiéralo Dios! Y hemos de registrar con un nuevo gozo que todas esas opiniones coinciden generalmente en dos notas esenciales: exigencia y mesura.

Signo infinitamente positivo es el que aquí y allá esté naciendo un verdadero diálogo entre sacerdotes-seglares-obispos. La reunión de los Consiliarios nacionales de A. C. con un grupo de obispos en la primera quincena de enero y la de los seglares dirigentes de la U. N. A. S. con la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar a mediados de febrero, pueden ser dos mojones decisivos en el camino a recorrer. Y algo muy parecido ha comenzado ya a realizarse en docenas de diócesis.

Y no podemos dejar de ver los signos de replanteamiento de la pastoral que aquí y allá se dibujan cada semana: Un día es el espléndido planteamiento hecho en Sevilla para un Sínodo diocesano renovador, otro es la campaña de caridad social realizada en Navidades en la diócesis de Astorga, otro es el senado de seglares anunciado en la diócesis de Gerona, otro el replanteamiento de la formación seminarística en la diócesis de Santander, otro el ofrecimiento por el obispo de Vich de parte de su palacio para un centro de reeducación de subnormales... Sí, no sería justo ignorar que algo, también entre nosotros, se mueve, se está moviendo.

Y así es como este primer precipitado balance se cierra con muchos más signos de esperanza que de preocupación. El postconcilio «ha hecho una buena salida», pero ahora la carrera continúa. ¿Llegará la Iglesia a la meta fijada o los corredores irán retirándose a media carrera uno tras otro? Yo tengo una respuesta de esperanza: Si la Iglesia mantiene cuarenta años el ritmo de autoexigencia que ha vivido en estos cuatro años tendremos allá por el año 2.000 un catolicismo como el que hoy soñamos. Y una segunda fórmula: Si los 510 millones de cristianos trabajan en estos años próximos al menos la cuarta parte de lo que trabajaron durante las sesiones conciliares los 2.500 obispos, si ponen la mitad de la sinceridad y la entrega que ellos demostraron, tendremos una quinta sesión verdaderamente memorable. Y los cronistas seremos felices contándolo. Hoy por hoy es un gozo poder decir que la quinta sesión ha comenzado —con todas sus pegas— bajo el signo luminoso de la esperanza.

1 de Marzo de 1966